ÁGUILAS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION: Conde Aranda, 7 SE PUBLICA LOS DIAS 5, 12, 20 Y 28 DE CADA MES TALLERES: Plaza de la Constitución, 1

PRECIOS: Número suelto 0'20. — Por suscripción, 0'75 al mes. — España, 2'75 trimestre. — Extranjero, 13'50 al año.

AÑO II — AGUILAS 28 DE ENERO DE 1928 — NÚM. 30

IN MEMORIAM

MARIA GUERRERO

Su romanticismo

En el año de Gracia de 1928 muy próxima aún la celebración de las fiestas centenarias del Romanticismo; en el aire todavía el eco de las brillantes estrofas rememoradoras de Hugo, «*viejo emperador de la barba florida*», ha muerto María Guerrero, la primera de nuestras actrices y la única grande entre las supervivientes de una escuela romántica, que contó entre las desaparecidas a Rita Luna de tan acusado perfil ochocentista y ha terminado ahora, al acabar la vida de una mujer tan buena y tan artista, que apenas hizo en su vida otra casa, que amar y representar.

Desaparece María Guerrero a tiempo. El teatro no es ya lo que fué y no es aún lo que debía ser. Invadidos nuestros escenarios por la gárrula gritería de los *jazz-band* o por la grosera chocarrería de las producciones astracanescas; sin atisbos en sus planes, de la renovación que en otros paiaes han introducido las grandes figuras de autores, de directores de escena y de actores, la Guerrero, actriz romántica y españolísima, hubiera llegado a ser «un personaje en busca de autor». Ella no podía ser una máquina reproductora de retruécanos, ni podía ser la sombra fugitiva de un drama silencioso y recortado en que los silencios cobran la elocuencia de las antiguas bellas oraciones, y la luz y los fondos tienen la magnitud de cualquier figura. María Guerrero necesitaba ser protagonista y protagonista como en las obras clásicas y en las románticas, que ya van siendo clásicas, ahora que «no hacen moda». Personaje principal, que vive sus pasiones rodeado de otros personajes secundarios, que las inpugnan o las apoyan y de una leve sombra de coro que murmura.

A María Guerrero no se la concibe interpretando los dislates de Muñoz Seca, pero tampoco es posible imaginarla, bajo el peso de lo imponderable subconsciente, como en las obras de Lenormand, ni contradictoria y apagada, pronunciando las voces de desaliento, del teatro de Chejow. María Guerrero precisaba la obra romántica, (Duque de Rivas, Zorrilla, Tamayo) la post-romántica de Echegaray, alguna de Benavente y Marquina y el drama de batalla de un Sardou o un Bernstein, o las creaciones maravillosas de nuestro teatro clásico de tanta influencia sobre los románticos franceses y que llevaba ya en sí, los gérmenes de que más tarde había de provocar «la batalla de Hernani», cuya bandera más visible fué el rojo chaleco de Gautier, rodeado de una avanzada de hombres pálidos, melenudos y apasionados, que en la barricada defendían nuevas ideas y en el teatro tiempos viejos y formas indisciplinadas.

María Guerrero precisaba este teatro; en él logró sus victorias más esplendorosas y ella fué quizás el más valioso elemento para hacerlo triunfar. Ella representó y magníficamente, tragedias y comedias; pero fué el genio español indiscutible del drama, esa forma que se acaba lamentablemente, porque está reñida con la sensibilidad moderna, escéptica y dinamista, que sabe paliar la crudeza de los más grandes dolores con la comprensiva y orgullosa sonrisa del humorismo.

Nueva María Guerrero, cuando el teatro romántico «ya no interesa» y son incógnitas para nuestro público, Cromelinck y Vedekind, y apenas comienza a interesarse por Pirandello y Bontempelli. Muere cuando el entusiasmo parece «cursi», y el mundo ahito de los dolores de la guerra, marcha alegre y cantando, con ritmo deportivo y una gran confianza en sí, en busca de un porvenir que no le interesa tanto como el juego necesario hasta llegar a él; la lucha fresca y animadora, necesaria a los cuerpos jóvenes, de fuertes espíritus.

Su voz y las pasiones

Yo quiero evocar la figura desaparecida que siempre recordaremos los que la vimos y no pueden figurarse los que no la vieron actuar. Y lo primero que recuerdo en ella es su voz.

En el teatro actual se oyen voces tan dulces e insinuantes como la de Catalina Bárcena, Antonia Plana, Irene López Heredia; voces de tono menor, cariciosas y suaves; con ténues sonoridades de cristal o mejor aún, de porcelana percutida con madera. Lo que no se oye es una voz poderosa y musical como la de María Guerrero, capaz de desleir su sonido en todas las ternuras y de elevarse magnífica y sin desgarrarse en los trenos y en las invocaciones. La voz de María Guerrero era metálica; de instrumento de cuerda sus acordes; pero de cuerda metálica. Una voz vibrante siempre, alada y rumorosa, que dejaba en el aire de los teatros luego de extinguida, unas amplias ondas que os acariciaban el oído largamente. ¡Cómo sabía la gran actriz comenzar cantando lentamente y en tono bajo, aquellas largas estrofas que hoy sin ella, nos tienen sin cuidado! ¡Como sabia elevar su canto progresivamente, en meseta de violento ascenso, alcanzando alturas en las que no hablaba; cantaba como pocas, y dejaba luego caer, lentamente, blandamente; un rosario sus notas, de bellas melodías!

Voz milagrosa, siempre musical; en la risa como en el llanto; en el amor como en el odío. Voz muy sabia; voz que supo cantar los versos, ligando las palabras como nadie y cortar la prosa de los párrafos con la misma ligera estridencia final de las mejor habladas campesinas toledanas.

Cuando reía, era su voz un verterse contínuo de notas líquidas y cuando lloraba alcanzaba con ella los más patéticas modulaciones; pero siempre permaneciendo, bella, músical y artística.

Yo he visto llorar en el teatro muy bien y de maneras muy diferentes: Recuerdo el llanto de Rosario Pino, una vez en una adaptación de la «Safo» de Daudet: Lloraba de espalda, y apenas se sabia su dolor, por unos ligeros hipos de su voz y un leve estremecimiento de su entonces bellísima espalda, tremante bajo la tela; tremante y expresiva como el mejor gesto de la cara. Era un estilizado e inimitable llanto de aquella actriz gentilísima, que tenia la más linda cabecita que ha salido en los escenarios españoles, los ojos más claros y una inimitable elegancia en su cuerpo esbelto como un violetero, de esos que tampoco «se estilan». Recuerdo el llanto de Margarita Xirgu: Es un llanto sincero, expresado al público sin miedo; cara a cara; sin ocultar lo que de feo tiene el lloro. La Xirgu llora como los niños; con ojos y boca, con toda la cara y con un raudal de lágrimas «de verdad». Yo prefería el llanto de María Guerrero, hecho triste canción, como su risa, bella y juguetona copla. Supo muy bien la actriz insigne reir y llorar y lograba insuperablemente expresar los más tiernos amores y los odios más fieros. Porque sabía para lo primero hacer aletear las mariposas de sus párpados sobre unos ojos de mirar lejano, y